
La (im)posibilidad de la ciudad como proyecto

Claudio Cuneo

¿Es hoy en día la ciudad contemporánea objeto de proyecto? ¿Acaso la ciudad —como proyecto— colapsó ante el proceso de urbanización consolidado el siglo pasado? ¿El instrumental de los arquitectos ha sido desbordado? ¿Hemos quedado fatídicamente rezagados ante la aceleración de los procesos (o ante la idea de cómo hacer y no simplemente hacer) que hoy rigen la constitución de lo urbano? ¿Hemos entendido en su totalidad al paradigma de la urbanización?

Entender que existe un constante cambio en el modelo de lo urbano es primordial; y hacer una distinción entre dos paradigmas —la ciudad y la urbanización— es necesario. Lo que comúnmente y de manera indiferenciada nombramos como *ciudad*, *urbe*, *metrópoli* o similares, no es todo lo mismo y todas estas formas de nombrarla, salvo la primera, subyacen a la naturaleza de la urbanización. La ciudad y la urbanización son modelos de ordenamiento espacial que corresponden a lógicas opuestas. La ciudad es el paradigma anterior: límites claramente establecidos, estructura finita, interior y exterior explícitos y dinámica política dominante por sobre la económica. Este régimen definía una comunidad donde la civilidad —como construcción resultado de políticas— permitía la coexistencia en una conformación heterogénea en términos sociales, culturales y económicos. El actual modelo espacial es antagónico a la ciudad. Es a-formal: pasa de la ciudad de la forma a la del espacio; es isotrópicamente expansivo —ya no tiene límites—; lo económico prevalece como directriz sobre lo político; y la ubicuidad de la dialéctica entre integración y exclusión se lleva al extremo, con enclaves, infraestructuras

y dispositivos de control que permiten una coexistencia sin vínculo alguno entre sus habitantes.

Dos de los rasgos con mayor singularidad de esta condición acelerada de urbanización son la selectividad territorial de la transformación y el incremento de los flujos. Existen espacios que evolucionan a distintas velocidades, sectores que se modernizan y evolucionan según los patrones establecidos por el proyecto urbano promovido por el capital nacional y transnacional, financiero e inmobiliario; y espacios que permanecen estáticos, con lo que se agudiza la histórica desigualdad socioeconómica. Estas dinámicas multiescalares y la excesiva extensión de lo urbano —aparentemente imposible de ralentizar— devienen en flujos (materiales e inmateriales) constantes y cada vez más frecuentes. A esto hay que sumarle la incapacidad de entendimiento y propuesta de intervención por parte de todos los componentes del Estado, que carecen de políticas territoriales y dan claras muestras de debilidad institucional al aceptar la dispersión urbana desigual como destino natural de la ciudad.

La introducción del concepto de *urbanización* planteado por Ildefonso Cerdá en su libro *Teoría general de la urbanización* (1867), como producto del Proyecto de Reforma y Ensanche de Barcelona (1855-1867), tuvo como objetivo teorizar y redefinir un nuevo marco conceptual homogéneo para el desarrollo urbano de dicha ciudad, con las emergentes características del nuevo paradigma. Como afirma Aureli,

Este paradigma era la condición de la completa e infinita integración de movimiento y comunicación

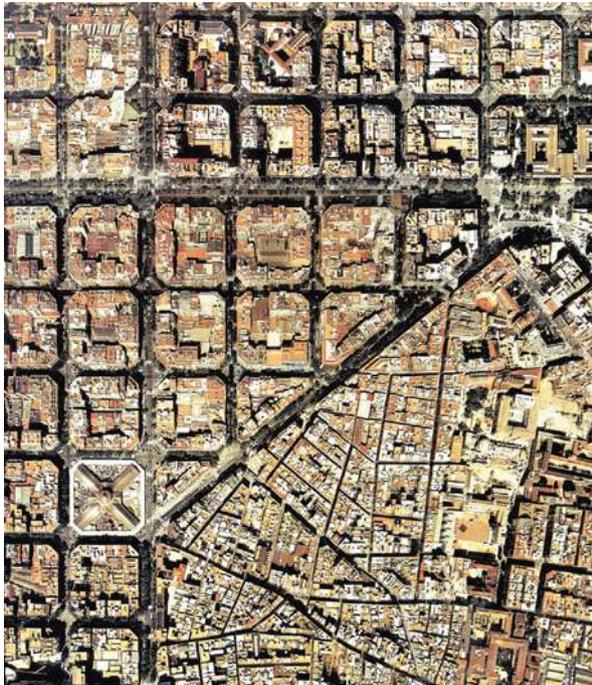


Figura 1. Foto aérea. Ensanche de Barcelona y el centro histórico.
Fuente: *Servei de Cartografia de la Mancomunitat de Municipis de l'Àrea Metropolitana de Barcelona*

generado por el capitalismo, que Cerdà vio como el vasto océano de personas, objetos, intereses de todo tipo y una diversidad de elementos, que trabajan en permanente reciprocidad y, por ende, forman una totalidad que no puede ser contenida por alguna previa formación territorial finita como la ciudad (2011: 9).

Paradójicamente, el fondo del proyecto era posibilitar una redistribución uniforme de la riqueza social, anticipar el incremento de los flujos que definen la infraestructura actual de lo urbano y, por último, tener una expansión controlada de la ciudad. El medio para lograrlo: una composición ortogonal de extensión no definida, altamente homogénea pero adaptable —escondiendo una característica crucial e inédita, como el polícentrismo—, y compuesta por manzanas diseñadas para ser variables en su configuración. La nueva abstracción se pensó como una *machine à habiter* a escala territorial, creando relaciones análogas entre el todo y las partes; el ensanche, la manzana y la propia casa se pensaron como «una urbe elemental» (Grupo 2c 2009: 76) infinitamente abierta y accesible para cualquier ciudadano y actividad. El proyecto se centró en una gramática urbana que debía reforzar el funcionamiento de la ciudad como un



Figura 2. Futurama. La ciudad bajo las lógicas del mercado. Modelo propuesta por Norman Bel Geddes en 1939, comisionada por General Motors Company. Fuente: Life Magazine

sistema infraestructural homogéneo, entendiendo lo urbano como una condición territorial y no como objeto.

Según el Cerdá, solo había una manera posible de entender y concebir el objetivo: el análisis científico. Y es que por primera vez se elaboró un proyecto de extensión de ciudad con uno de los recursos más utilizados actualmente: la información estadística. Es entonces cuando surge la pregunta: ¿qué hay de diferente entre ese momento y las últimas cinco décadas? Parte de la respuesta es que Cerdá tenía un *proyecto*. Había construido conocimiento y una conciencia que le permitieron anticipar y teorizar una nueva realidad. La forma urbana fue el medio para hacerlo operar, con el fin de migrar hacia ese nuevo paradigma e intentar, al mismo tiempo, la construcción de un modelo urbano que consolide una sociedad potencialmente simétrica y equitativa, a diferencia del modelo universal que se gestaría décadas después, abandonado a los vaivenes del mercado.

Eisenman sostiene que si un arquitecto tiene un *proyecto*,

[...] uno [el arquitecto] es el que define el mundo a su alrededor. Si uno tiene una práctica de

arquitectura, es el mundo el que te define. Depende de cómo uno mismo se ve en el mundo. No depende del talento o inteligencia, sino de cómo te sitúas en el mundo [...]. Un *proyecto* implica que la disciplina, de algún modo, sea capaz de ser una resonancia crítica en esa definición del mundo alrededor de uno. Cualquier *proyecto* es siempre una crítica del *statu quo* y de la disciplina. Por lo tanto, el *proyecto* es siempre político, ideológico e intelectual (2011).¹

Podríamos afirmar que el *proyecto* es instrumental para la lectura del mundo. Pretende ir más allá de la división tradicional entre «teoría» y «práctica», y reivindica la arquitectura como un emprendimiento con un enfoque integral —tanto de nuestra disciplina como de la ciudad y los fenómenos alrededor de la misma. El proyecto inmuniza al arquitecto frente a la temporalidad de las tendencias, la arbitrariedad que trae consigo la novedad y el imperativo —actual— de la innovación; es el germen de posturas críticas. Inherentes al *proyecto* son la proposición y la reforma —que hoy más que nunca suena fuerte, pero se ve lejana—, y esa es justamente la tarea histórica de la arquitectura. Lo que no podemos afirmar es si esa convicción sigue viva en el arquitecto contemporáneo o si solo existen algunas excepciones. En palabras de Pier V. Aureli,

[...] un proyecto debe ser visto como un formato conceptual en el cual la relación entre pensamiento y forma, intención y dispositivo, tema y contexto, se hace siempre clara y pertinente a problemas y asuntos específicos que designamos como urgentes. Pero sobre todo, un proyecto debe ser visto como un momento de soledad, donde las responsabilidades y las intenciones adquieren una dimensión subjetiva absoluta contra el mecanismo impersonal de las prácticas discursivas (Aureli y Orazi 2006—26).

Este formato conceptual, en el que coinciden Aureli y Eisenman, “el proyecto” que indican, debe anteceder al oficio del arquitecto, se da desde una posición de autonomía, concepto que no debe ser interpretado como un acto de negación, sino como una postura que intenta crear una distancia —instrumental— para posibilitar una confrontación —en este caso, como un lente de aumento sobre el *statu quo*— y ser capaces de problematizar los presupuestos de la producción de arquitectura

y de ciudad. La potencia del “proyecto” es reconocida a tal punto que su fin ulterior es condicionar todos los aspectos de la vida, es decir, producir una subjetividad específica.

Las formas de la política y la política de las formas

Si la tarea de la política es darle forma a un espacio de coexistencia entre individuos, un proyecto de arquitectura es, por definición, un acto político. La ciudad y sus posibilidades —como objeto de proyecto y de arquitectura— son precisamente la representación de una idea política específica sobre cómo cohabitar. Por lo tanto, su formalización, la manifestación física del proyecto, marca la



Figura 3. Antes. Rue St. Nicolas du Chardonnet y Rue Tirechamp. Barrios demolidos, 1853. Fuente: <http://imgur.com/gallery/zXOKC>



Figura 4. Después. Camille Pissarro. Boulevard Montmartre. Fuente: Wikimedia Commons

1 Cita de una conferencia: Lecture Series: *Project or Practice*. Syracuse University School of Architecture, Syracuse.

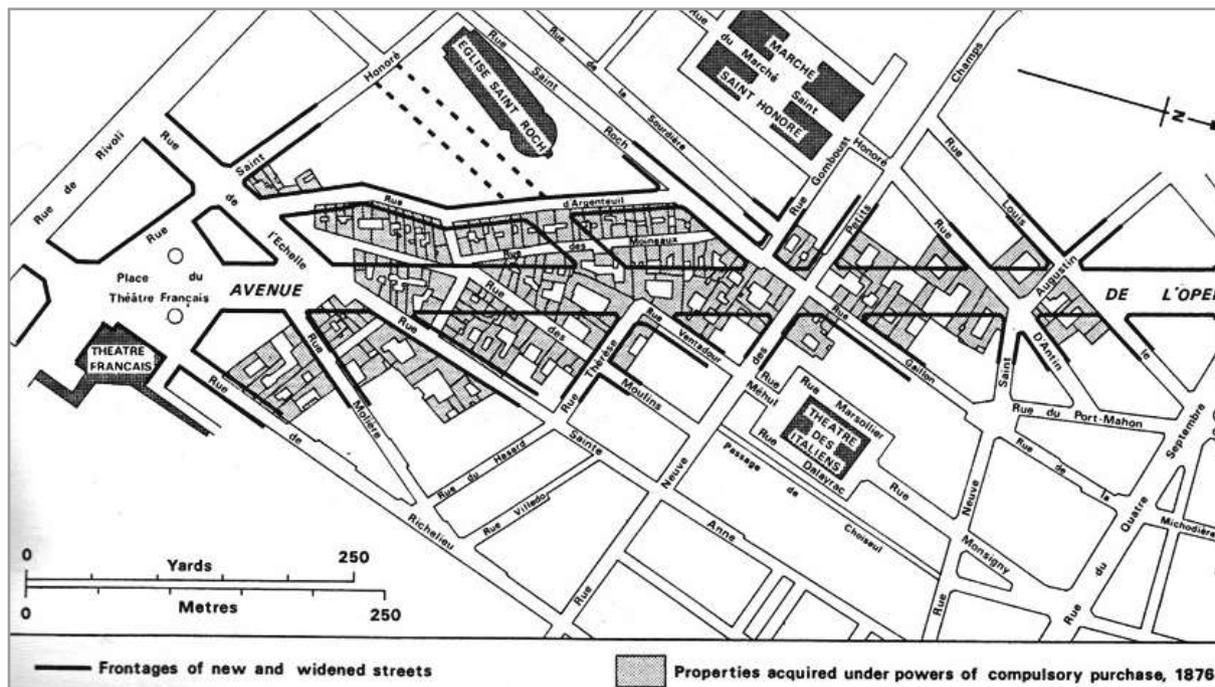


Figura 5. Arquetipo de intervención. Superposición de la Avenida de l'Opéra antes y después del proyecto
Fuente: <http://www.arch.wsu.edu/faculty/pgruen/arch324/Haussmann'sParisImages.htm>

trayectoria de esa visión y hace efectivas las intenciones del mismo. El proyecto no se limita a ideas, sino que abarca también un proceso de cambio que trasciende el término de la construcción de una pieza arquitectónica o urbana, y su despliegue continúa con la proyección de ciertas políticas mediante configuraciones espaciales que inexorablemente establecerán maneras de relación, de desenvolvimiento y de gobernabilidad, moldeando finalmente a quienes la habitan. Por eso, el proyecto de ciudad toma la dimensión de un dispositivo:

[...] por *dispositivo* entiendo una especie de formación, que en un momento histórico específico tuvo por función mayor responder a una urgencia. El dispositivo tiene pues una función estratégica dominante [...] que significa una cierta manipulación de relaciones de fuerzas, de una intervención racional y concreta en las relaciones de fuerzas, ya sea para desarrollarlas en una dirección particular, o para bloquearlas, estabilizarlas y utilizarlas. El dispositivo está entonces siempre inscrito en un juego de poder, pero también está siempre vinculado a ciertos límites de conocimiento que surgen de él, y en un mismo grado, lo condicionan (Agamben 2009: 2).

El concepto de *dispositif* formulado por Foucault, pero definido finalmente por Agamben, define aquello en lo cual —y a través de lo cual— se realiza una pura actividad de gobernanza. Esta es la distinción fundamental; siempre implica un proceso de subjetivación. No son necesariamente las políticas que establecen la manera como se desenvuelve un colectivo de personas, sino también las formas (físicas) en las cuales se llevan a cabo los procesos sociales. La forma arquitectónica viene primero (así como la *polis* antecedió a la política) y asume un papel preponderante; y la realidad urbana contemporánea, con su clara falta de efectividad para la gobernanza, hace evidente la necesidad de una nueva lógica formal.

Un antecedente contundente de este razonamiento es el París de Luis Napoleón Bonaparte. En su administración se manifiesta el inicio de una gran reforma urbana, a cargo del prefecto del departamento del Sena, Jorge Eugenio Haussmann. La integración del espacio nacional de Francia marcaba la agenda política desde varios mandatos antes, pero desde 1850 «la implantación de estructuras y métodos del capitalismo moderno a gran escala hacía imperativa la conquista y organización racional del espacio para adaptarse mejor a las nuevas necesidades» (Harvey 2003: 102).

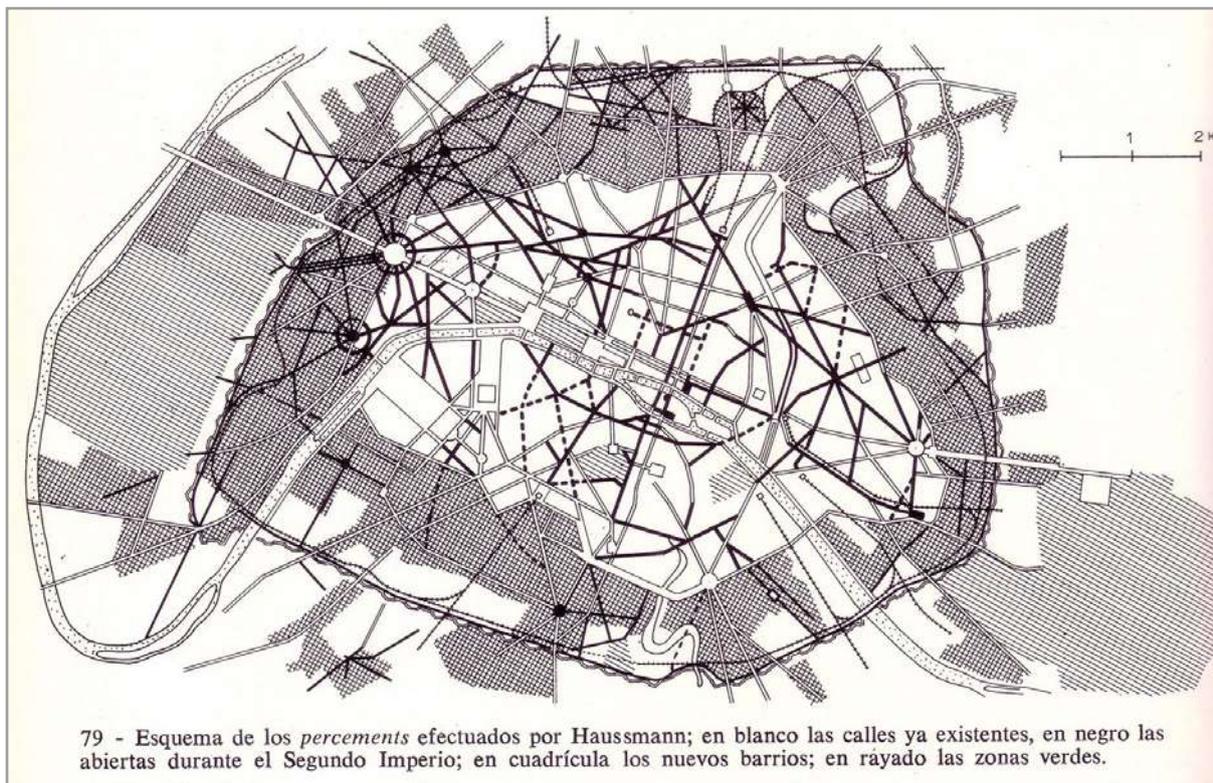


Figura 6. Plano del proyecto de Haussmann. En blanco las calles existentes, en negro las abiertas durante el segundo imperio, en cuadrícula lo nuevos barrios y en rayado las zonas verdes

Fuente: <https://spargelandfraise.files.wordpress.com/2011/05/haussmannparc3ads.jpeg>

En ese momento la capital de Francia vivía un estado tardío de su condición urbana: sobrepoblación, tugurización, insalubridad, constantes revueltas y crisis económica. Las malas cosechas afectaron al sector agrario, lo que recayó en los sectores industrial y financiero, y llevó al paro del proletariado. Las complejidades eran múltiples, pero —al igual que en el caso de Barcelona— el grado de abstracción de la propuesta formal cambió el funcionamiento total de la ciudad. La transformación se dio a través de acciones *ad hoc* cuyo claro objetivo era reorganizar las relaciones espaciales entre los elementos, para ajustarse a la administración o neutralización de los diversos fenómenos en conflicto.

El arquetipo para la transformación fue el *boulevard*, pero esto es solo una representación: la performance del proyecto radica en la lógica de la línea recta. Esta obsesión geométrica de Haussmann hizo posible concentrar acciones con respecto a cinco aspectos estructurales de lo urbano: a) la mayor incidencia del proyecto se enfocó en la especulación de bienes raíces y la integración del espacio suburbano; b) los bulevares modificaron

cientos de manzanas, reinsertando al mercado inmobiliario miles de viviendas repotenciadas a partir de su nueva relación con la infraestructura pública; c) parques, equipamientos culturales, monumentos y otras áreas de recreación se planearon estratégicamente para elevar el valor y el desarrollo de la propiedad privada; d) los nuevos bulevares también se localizaron específicamente para neutralizar barrios donde emergían las revoluciones —«el nuevo plan era de suma utilidad para sustraer insurrecciones populares» (Saalman 1971: 26)—; y e) junto con esto, el sistema de espacios en toda la ciudad permitió un amplio control y visibilización de la vida pública, lo que inició el tránsito hacia una forma más extrovertida de interacción y convirtió al boulevard en un elemento fundamental de civilidad.

La insalubridad se combatió al contribuir con la libre circulación de aire y con la incidencia de luz solar en barrios tugurizados y deteriorados, mientras que nuevas redes de agua y desagüe se canalizaban de manera subterránea. El último aspecto fue el transporte: se construyeron alrededor de doscientos kilómetros de bulevares y

con ello se redujo significativamente el costo y el tiempo para movilizarse. Haussmann y los hermanos Pereire «fusionaron todas las empresas de ómnibus de la ciudad y las convirtieron en un monopolio privado —la *Compagnie des Omnibus de Paris*— en 1855, incrementando el número de pasajeros movilizados de 36 millones en ese año a 110 millones en 1860» (Harvey 2003: 107).

Cuando la vida se convierte en un proyecto político, la ciudad es siempre el dispositivo a través del cual la gestión de la misma se ha llevado a cabo. La reforma de las relaciones espaciales, así como el cambio de escala de la infraestructura pública, marcó un antecedente en el proceso de transformación urbana —y de las dinámicas que ello implica— que sigue vigente hasta hoy.

Alternativa: el potencial del proyecto

Poner en valor lo político del *proyecto* y la importancia de la forma urbana como elementos efectivos para el posible restablecimiento de un entorno construido que atienda a las diversas situaciones de la vida contemporánea son características que deberíamos manejar explícitamente como especialistas en lo urbano. ¿Es el *proyecto* un escenario posible para una manera alternativa de gobernanza? ¿Existen todavía arquitectos con *proyecto*? ¿Qué ocurrió con ese pacto tácito que hace un arquitecto con la ciudad cuando pasa por su proceso formativo? ¿El sistema nos ha domesticado para que dejemos esas ambiciones de lado y sigamos «surfeando la ola»?

El paradigma de la modernidad tuvo como principios fundamentales la determinación y la estandarización, en favor de un determinado modelo social y económico. Hemos sido quizás demasiado dúctiles dejándonos instaurar modelos y normas que *de facto* consideramos correctos y estables, optando por lo que «aparentemente es la única vía de escape, un pragmatismo acomodativo, dejando a un lado lo que ha caracterizado históricamente a la arquitectura: su resistencia como opción a lo real y como catalizador de posibles nuevas realidades» (Heitmann 2007: 64). Hoy, todo lo que no se ajusta a un imaginario domesticado por las normas y el mercado se interpreta como o disruptivo —o inocente—, en la acepción más negativa de la palabra, y ni siquiera se toma como objeto de discusión.

¿Será posible pasar de una «ciudad» contemporánea, cuyo arquetipo es la invasión, a una donde se reconozca públicamente, al menos dentro de la disciplina, la potencia del *proyecto* como posible transición hacia una nueva urbanidad? Son imperativos el debate y el desarrollo de un proyecto alrededor del cual sea posible

organizar una agenda —y una comunidad identificada con esta—, para que tal constructo establezca los lineamientos que hagan factible una gramática donde la conciencia de las condiciones en las que vivimos puedan convertirse en la precondition para nuevas formas urbanas —y, por lo tanto, de vida— dentro y contra la inestabilidad actual de la urbanización.

Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio
2009 *What is an apparatus? and other essays*. Stanford: Stanford University Press.
- AURELI, Pier Vittorio
2011 *The possibility of an absolute architecture*. Cambridge: MIT Press.
Aureli, Pier Vittorio y Manuel Orazi
2006 «The solitude of the project». *Log*, n.º 7, pp. 21-32. Anyone Corporation, Nueva York.
- EISENMAN, Peter
2011 *Project or practice*. Lecture Series. Syracuse University School of Architecture.
2013 «A project is a lifelong thing; if you see it, you will only see it at the end». *Log*, n.º 28, pp. 67-78. Anyone Corporation, Nueva York.
- GRUPO 2C
2009 *La Barcelona de Cerdà*. Barcelona: Flor del Viento.
- HARVEY, David
2003 *Paris, capital of modernity*. Nueva York: Routledge.
- HEITMANN, Jorge
2007 «La arquitectura como argumento: DOGMA/OFFICE, concurso para una nueva ciudad administrativa en Corea». *ARQ*, n.º 67, pp. 64-69, PUCP.
- SAALMAN, Howard
1971 *Haussmann: Paris Transformed*. New York: George Braziller Inc.
Soria y Puig, Arturo
1995 «Ildefonso Cerda's general theory of "urbanization"». *The Town Planning Review*, vol. 66, n.º 1, <www.jstor.org.proxy.libraries.rutgers.edu/stabe/40113676>.

Claudio Cuneo Raffo. Arquitecto por la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (2005). Master of Excellence in Architecture por el Berlage Institute de Rotterdam, Países Bajos (2011-2013). Ha ejercido la docencia en la UPC (2009-2014), en la Universidad de Lima (2014). Actualmente es profesor a tiempo parcial en el área de investigación y profesor de taller de diseño en la Arquitectura PUCP. Ha sido consultor del equipo de Espacios Abiertos e Infraestructura Ecológica del Plan Lima Metropolitana al 2035 (PLAM). Fundador de LAMBDA en el 2012, oficina comprometida con el diseño, la investigación, crítica y difusión de la disciplina. Ganador de la XV bienal de Arquitectura Peruana en el 2012 en la categoría Intervención en edificaciones Existentes: Reciclaje de Edificios.